

DRAKONTOS

Eduardo García Llama

APOLO 11

La apasionante historia
de cómo el hombre
pisó la Luna por primera vez

CRÍTICA



Apolo 11

La apasionante historia de cómo
el hombre pisó la Luna por primera vez

Eduardo García Llama

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2019

Apolo 11. La apasionante historia de cómo el hombre pisó la Luna por primera vez
Eduardo García Llama

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Eduardo García Llama, 2019

© de las ilustraciones, Àlvar Salom, 2019

Imágenes, © NASA, © USRA, © NGA, University Of Cincinnati,
© David Frohman, President of Peachstate Historical Consulting INC,
© NASA/Hadout/ Hulton Archives/ Getty Images, ©LPI, © Johnson Space Center ,
© Ullstein Bild / Getty Images , © Corbis Historical / Getty Images,
© Smithsonian Institution , NC Collections / Alamy Stock Photo/ACI ,
© 2019 - Lunar and Planetary Institute, © Nixonfoundation.org

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-128-1
Fotocomposició: gama, sl.
Depósito legal: B. 12020 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La partida

El rito de transfiguración

El ligero siseo del oxígeno que fluía en el interior de sus trajes presurizados era el único sonido que rompía su silencio mientras permanecían recostados en sendos sillones, que contrastaban con el ambiente aséptico de la sala. Se trataba de un ruido de fondo leve y constante que propiciaba serenidad, bienvenido ante la alternativa del silencio absoluto. Rodeados por los técnicos que los habían asistido en la puesta de los trajes espaciales y visitados con frecuencia por el cámara y el fotógrafo, encargados de captar aquellos momentos para la posteridad, los tres no tenían en aquel momento otro cometido más que el de dejar transcurrir el tiempo para que el nitrógeno acumulado en sus días terrestres abandonara sus tejidos antes de verse expuestos a una nave que se despresurizaba por debajo de la presión ambiental durante el ascenso del lanzamiento.

Las comunicaciones ocasionales con el equipo en la sala debían hacerse ahora a través de los micrófonos y auriculares incorporados en el ensamblaje que vestían ajustado a sus cabezas bajo el casco burbuja. A través de este observaban su alrededor de forma relajada, a la vez que prestaban atención a cualquier indicación de los técnicos que los asistían. A pesar de estar presentes, sus vidas ya no se beneficiaban del aire que los rodeaba ni su piel sentía la temperatura del ambiente. Tampoco podrían oler el mar ni sentirían la brisa ni el calor húmedo de ese 16 de julio de 1969 en el Cabo cuando salieran al exterior para ser transportados a la plataforma de lanzamiento 39A, donde los esperaba el imponente Saturno V que los impulsaría a la Luna. En esencia, a pesar de que el lanzamiento tendría lugar en tres horas y media, los tres ya habían roto su vínculo con la Tierra para comenzar a someterse al medio en el que estaban llamados a cumplir su gesta. Como en un rito de transfiguración en el que

el héroe transita entre sus dos naturalezas y muere en su mundo de origen para renacer en otro en el que se pondrá a prueba.

El fin de semana del 4 de julio fue el último que pasaron en Houston con sus familias y el único que interrumpió los veinte días que residieron en el área de acceso restringido del edificio de Operaciones Espaciales Tripuladas del Centro Espacial Kennedy, en Florida. Allí, Neil Armstrong, Michael Collins y Buzz Aldrin disfrutaron del aislamiento necesario para preparar los últimos detalles de la misión y dedicar con exclusividad su precioso tiempo a las últimas sesiones en los simuladores del módulo lunar y del módulo de mando, en los que ya habían acumulado cientos de horas en interminables sesiones de entrenamiento a lo largo de los últimos meses.

A partir de aquel instante, ya nada sería simulado. La realidad los esperaba ahí afuera, en otro de esos días que marcan un punto de no retorno, uno de esos momentos en los que los hombres están aún a tiempo de decidir cambiar el rumbo de sus destinos ante la incertidumbre de un futuro inmediato repleto de riesgos. Pero estaban tranquilos. Ya habían vivido muchos momentos previos a jugarse la vida. La diferencia, esta vez, era que lo que hicieran esa semana pasaría a formar parte de la historia de su especie. Eran conscientes de ello, pero aquel pensamiento no podía ocupar ahora sus mentes, así como no podía hacerlo el hecho de dejar atrás mujer e hijos o que todo lo que hicieran esa semana tendría repercusión planetaria. Pensar en todo aquello era contraproducente. Solo podría distraerlos, y la distracción es el peor enemigo para alguien cuya supervivencia depende en gran medida de no fallar en lo que hace. Sin embargo, no debían esforzarse demasiado para permanecer centrados, para aceptar la también necesaria transfiguración de espíritu que les permitiera trascender las ligaduras afectivas y los patrones emocionales del mundo que estaban a punto de abandonar, sentimientos siempre adversos para el héroe cuando está próximo el momento de la partida. Sus trayectorias profesionales como pilotos de pruebas o pilotos de combate, además de como astronautas con una misión espacial a sus espaldas en el programa Gemini, se habían beneficiado de esa virtud personal innata proclive al estoicismo y habían contribuido, en todo caso, a acentuarla.

No, no estaban nerviosos. A pesar de la trascendencia de lo que estaban llamados a hacer, sus ánimos no estaban dominados por la ansiedad, más allá de la que pudiera generar la responsabilidad de no fallar. Un deseo que, paradójicamente, tenía poco que ver con la posibilidad de perder

la vida como consecuencia de cometer un error, sino más bien con demostrar que no estaban a la altura, con la mancha que supondría echar al traste por su causa todo aquel operativo gigante en el que el país había invertido tanto y en el que el mundo tenía puesto sus ojos. Difícil de concebir fuera de su universo, pero la posibilidad de hacer el ridículo ante la mirada atenta de la humanidad era lo único que acaso podía alimentar su temor, de tener alguno en ese momento, comparable al que todo marino siente ante la posibilidad de que la embarcación que navega toque fondo vergonzosamente por su causa. Demostrar ser merecedores de la confianza de quienes los habían seleccionado para llevar a cabo aquella misión era lo que más les importaba en aquel momento. ¿La muerte? Los tres la habían visto de cerca muchas veces, y posar su mano en los hombros de otros muchas más. Demasiadas. Ninguno de los tres era inmune al lema «Muerte antes que deshonor» que había llevado a otros tantos pilotos a perder la vida en su obcecación, finalmente estéril, por salvar su nave, por salvar su orgullo. Pero ninguno contaba con que Ella pudiera visitarlos en el ejercicio de su profesión. Y tampoco podría sucederles ahora, en la misión más arriesgada en la que jamás se hubieran embarcado, y una de las más arriesgadas a las que ningún ser humano se hubiera enfrentado nunca. Si hubieran pensado de otra forma, aquella, simplemente, no habría sido su profesión. Sabían que esta era inmisericorde con los errores y que no tenían asegurado regresar. Esa era una posibilidad que consideraron de manera racional como una muestra de la fragilidad de la vida humana, pero también a nivel emocional, en su intimidad inconfesable, en momentos de soledad en los que es inevitable conceder una reflexión a la implicación última de lo que estaban a punto de hacer. Pero no podían tener presente un pensamiento semejante más allá de un efímero instante, más de lo que se tarda en pensar fugazmente si volverás a ver aquellas estancias en las que transcurrieron los últimos días o a los que te habían acompañado todo este tiempo y que en aquel instante te veían preparado para partir.

El día anterior había sido relajado. Neil y Buzz ultimaron algunos detalles en el simulador del módulo lunar y los tres pasaron la tarde en la casa costera en Merritt Island que había sido habilitada junto al complejo espacial para el cuerpo de astronautas como vivienda alternativa al área residencial. Pasar el día anterior a un lanzamiento en el ambiente desligado del lugar trabajo que proporcionaba una casa frente al mar era una tradi-

ción bienvenida ante la perspectiva de ocho días de confinamiento fuera de la Tierra.

De haber contado con la asistencia del presidente, esa noche habrían acudido a cenar al área residencial con más entusiasmo, pero Richard Nixon, a pesar de haber aceptado con gusto la invitación cuando le fue cursada por los tres para que los acompañara en esa última velada, se vio finalmente obligado a anularla.

La cena con el presidente habría tenido lugar de no haber sido por el exceso de celo de Chuck Berry, el médico responsable de la salud de los astronautas, quien aventuró que tal vez el jefe del Estado podría contagiarlos con alguna suerte de infección que estuviera incubando sin siquiera saberlo. Se trató de otro de sus famosos «berryismos». La idea era inapropiada y absurda, no solo por lo que podía suponer de innecesario desaire hacia el presidente, sino porque la tripulación no se encontraba en cuarentena en un sentido estricto. Su contacto con personal no esencial estaba restringido, pero trabajaban a diario con ingenieros, técnicos, secretarías, asistentes, con decenas de personas que también podían presentar el mismo riesgo que el que pudiera suponer la compañía del presidente.

Aquello enfadó en su día a la tripulación y fue causa de vergüenza en todos los niveles en la NASA, hasta el punto de que el mismo administrador de la agencia espacial, Thomas Paine, cuya cena con la tripulación hacía unos días no había despertado objeción alguna por parte del doctor, reenvió la invitación al presidente soslayando a la autoridad médica. Sin embargo, ya era demasiado tarde: la prensa ya se había hecho eco del criterio de Chuck Berry. Si sucedía que alguno de los tripulantes del Apolo 11 estornudaba de camino a la Luna, era un hecho asegurado que la descarga de la culpa en el presidente se expandiría con rapidez, contagiando a los medios y a la opinión pública como la clase verdadera de virus contra la que Nixon decidió inmunizarse. En su ausencia, la cena de la noche del 15 de julio tuvo lugar en compañía de Deke Slayton, jefe de operaciones de vuelos tripulados, de la tripulación suplente, formada por Jim Lovell, Bill Anders y Fred Haise, y por algunos miembros del equipo de apoyo. Fue una cena discreta y serena. Todos tenían que levantarse temprano.

Los tres hablaron con sus esposas antes de cenar esa noche. Los tres preguntaron si querían volver a despedirse a la mañana siguiente, y los tres las oyeron decir que preferían que la llamada de esa noche fuera la última. Antes de dormir, Michael Collins leyó y releyó la carta que su mujer, Pat, le había escrito y que incluía un poema en el que no podía ocultar sus miedos, pero que declaraba demudar por el júbilo que debía

sentir ante la empresa en la que se embarcaba «un marido que debe perseguir las estrellas». Buzz Aldrin se arrepintió de haber tratado la posibilidad de morir en esa última conversación. Recordar a Joan lo que había de hacer en caso de un desenlace fatal llevó inevitablemente a una breve discusión incómoda que había sido innecesaria.

Las dos verían el lanzamiento desde sus hogares en Houston en compañía de familiares y amigos que comprendieran su tensión y el estado emocional del que no querían que fueran testigos los dignatarios, las celebridades y los medios de los que estarían rodeadas en el Cabo. No así Jan Armstrong. Ella sí acudiría a verlo en vivo, pero no desde el palco habilitado por la NASA para los vips, sino desde un bote en Banana River junto con sus dos hijos, con David Scott —quien había volado con Neil en la Gemini 8—, su esposa y algunos otros conocidos. Esa era la solución de compromiso entre el deseo de contemplar el lanzamiento histórico de la misión que su marido comandaba y el de no ser atosigada por un entorno que podría ser insensible a sus intensas emociones.

—Es una bonita mañana —anunció en alto Deke Slayton mientras sus nudillos golpeaban una por una las puertas de sus habitaciones a las 4:30 a. m.

Aún no había salido el sol a esa hora como tampoco aún habían salido de los bares y clubs las multitudes que se divertían hasta el amanecer en las profusas *countdown parties* que invadieron esa noche y las anteriores las localidades de Cocoa Beach, Cabo Cañaveral y Titusville, en kilómetros a la redonda y en las que corrían ríos interminables de *liftoff martinis* y *moonlander cocktails*. El intenso tráfico que acompañaba a la jarana nocturna era lo que la enfermera Dee O'Hara había tenido que combatir durante dos horas para poder llegar al área residencial de la tripulación al tiempo que se despertaban los astronautas y ocupar su puesto en el área de examinación en la que esa mañana registraría los parámetros fisiológicos básicos de la tripulación antes del lanzamiento. Aquello no era tanto una última revisión médica exhaustiva como una práctica estadística rutinaria antes de cada vuelo. Habían superado sin problema el último chequeo médico riguroso el 11 de julio, con lo que, como le gustaba decir a Collins, para declararlos aptos esa mañana bastaría con que «al inspeccionar un oído, O'Hara no viera el otro en el lado contrario».

Habían dormido bien, su sueño había sido profundo y los tres se levantaron relajados y de buen humor. A las 4:50, recién salidos de la ducha y tras un rápido afeitado, se sometieron uno por uno al examen que

permitiría a Ms. O'Hara rellenar sus formularios. Buzz Aldrin fue el primero en aparecer. En albornoz y zapatillas, y con semblante tranquilo y levemente sonriente, pronunció un «hola» relajado hacia la enfermera, mientras se dirigía al cuarto adjunto donde debía pesarse desnudo. Más tarde le pediría a esta que enviara algunas de sus pertenencias a Houston, tal como haría también Armstrong, algo a lo que ella accedería con agrado a pesar de no ser su función. El cariño que Dee O'Hara profesaba a la tripulación la movería a hacer cualquier cosa por ellos.

La enfermera era bien conocida en el cuerpo de astronautas desde el principio del programa espacial tripulado. Había estado presente en los exámenes médicos en el Cabo desde los tiempos del programa Mercury y había sido parte integral de ese inevitable ritual de paso entre la Tierra y el espacio que siempre tenía lugar en una sala de examen médico en las horas previas a un lanzamiento. O'Hara era conocedora de la exigencia y el riesgo al que se exponían todos los que afrontaban una misión espacial, y especialmente una que iba a la Luna, por lo que empatizaba con ellos de forma natural y les tomaba cariño. Su relación con los tres siempre había sido fácil y distendida antes y después de que llegaran al Cabo, el 27 de enero, por primera vez, como la tripulación titular del Apolo 11. Para ellos, Dee O'Hara era una amiga. Estaría en casa de los Aldrin acompañando a Joan durante los tensos momentos del alunizaje. Dee O'Hara era una cara amable que les proporcionaba un sentimiento de familiaridad y bienestar emocional en el día extraño que siempre es el de un lanzamiento.

—Buenos días enfermera O'Hara, ¿qué hace levantada tan temprano? —le preguntó con formalidad fingida Michael Collins al entrar en la sala.

—Bueno, no tenía otra cosa que hacer —contestó ella.

Los dos rieron, pero Ms. O'Hara no pudo contener la carcajada cuando la persona a quien llamaba «*darling* Collins» gritó desde el cuarto de peso «¡Ochenta y cinco kilos!», para después exclamar con rostro serio al salir «¡Enfermera O'Hara, compórtese!».

De igual manera se dirigió a ella un sonriente Armstrong, que fue el último en aparecer por la sala de reconocimiento.

—¿Qué hace aquí a estas horas?

Aún despeinado por el paso descuidado de la toalla por la cabeza tras la ducha, a Dee O'Hara, Armstrong le pareció *so cute*. El especial cariño que sentía por ellos se apoderó de nuevo de ella en una mezcla de euforia ante la misión en la que se embarcaban y de tristeza ante la despedida de

hombres que afrontaban un futuro incierto con naturalidad y con humor relajado a quienes ese podría ser el día que viera por última vez.

Ya vestidos con ropa ligera de calle para dirigirse al comedor a tomar el desayuno, Neil le dedicó una sonrisa y un guiño antes de salir. Dece O'Hara sabía que no habría palabras de despedida. Habría acaso algún comentario informal, un «recuerdos a la familia», un «compórtese en nuestra ausencia», pero nadie se diría adiós. Nadie decía adiós el día de un lanzamiento.

—Vamos, ¿a qué estamos esperando? ¡Tengo hambre! —gritó Collins, presto como siempre a romper la sobriedad de cualquier momento.

El desayuno tuvo lugar algo después de las 5:00, en compañía de Deke Slayton y Bill Anders, el piloto del módulo lunar de la tripulación suplente. No habría sorpresas esta vez tampoco en el menú, que de nuevo consistió en filete y huevos, una tostada, zumo y café, el mismo que marcaba la tradición antes de los lanzamientos y, realmente, el único en el repertorio culinario de Lew Hartzell. No habían necesitado seguir una dieta especial hasta hacía tan solo unos días, cuando comenzaron una de bajo residuo destinada a reducir progresivamente los gases y las deposiciones, algo que sin duda agradecerían en el confinado espacio de una nave espacial Apolo.

La atmósfera durante el desayuno no es la misma que en los días previos. Siempre es así de inexplicable y, a la vez, así de comprensible antes de un lanzamiento. Todos saben por qué, pero una estudiada informalidad se encarga de que no se haga alusión a ese hecho. El deseo de que todo empiece se encubre con comentarios cortos y faltos de trascendencia entre los que se cuele alguna sonrisa mientras están siendo filmados y fotografiados ocasionalmente, y el artista Paul Calle aboceta la escena para un proyecto artístico de la NASA. Los encargados de documentar esos momentos para perpetuarlos en la historia lo hacen con profesionalidad y su presencia no resulta intrusiva. El que más habla es Deke, que, a la vez que desayuna, les muestra sobre la mesa un mapa con datos relacionados con el vuelo, permitiéndoles con su exposición que consuman su desayuno en el tiempo asignado.

Tras lavarse los dientes y empacar las pocas pertenencias terrestres con las que contaban para que fueran enviadas a casa, los tres ascendieron al piso superior del edificio. Allí los esperaban sus trajes espaciales y el equipo de técnicos que los asistiría en su puesta y que verificaría escrupulosamente la integridad de todos sus elementos y su perfecto funcionamiento antes de su primer uso operativo. El equipo estaba liderado por

Joe Schmitt, el mismo Joe que había vestido a casi todas las tripulaciones hasta la fecha, incluido Alan Shepard en el vuelo espacial que inauguró el camino del programa tripulado de EE. UU., hacía tan solo ocho años.

Los tres se habían vestido y desvestido con estos trajes y con otras versiones de prácticas en innumerables ocasiones. Era un requisito de su entrenamiento ser capaces de acomodarse en ellos en menos de los quince minutos que, como máximo, un regulador de alta velocidad de flujo de oxígeno en la cabina podría mantener la presión interior de la nave en caso de haber sido perforada por el impacto de un micrometeorito de hasta medio centímetro de diámetro. En una situación semejante, conectados a través de los trajes a los sistemas de control medioambiental de la nave mediante cables umbilicales, los astronautas podrían sobrevivir durante cinco días, un tiempo más que suficiente para regresar a la Tierra.¹

Los trajes eran sistemas complejos compuestos de numerosas partes que debían funcionar a la perfección para asegurar la vida de los que estaban a punto de introducirse en ellos. Conectores eléctricos y mecánicos encargados de suplir energía eléctrica y oxígeno y de retirar dióxido de carbono, anillos metálicos para la fijación de casco y guantes, biosensores o sistemas de comunicación tenían que ser manipulados y cuidados con precaución siguiendo normas y estándares específicos. Sin embargo, lejos de la sofisticación que pudiera inspirar una misión lunar, la puesta de un traje espacial comenzaba con la acomodación del llamado «sistema de contención fecal», un bóxer slip con pañal altamente absorbente y modificado para minimizar escapes de olor, que conlleva la aplicación de una pomada para evitar la irritación de la piel.

Dado que los astronautas permanecerían en el interior de la cabina en la fase de lanzamiento, debajo de los trajes espaciales solo precisaban vestir una ligera pieza corporal interior.² Bajo ella se adherían varios biosensores en la parte superior del torso, para que su pulso y respiración pudieran ser continuamente monitorizados desde tierra.

1. La probabilidad de un suceso semejante era de una entre 1.230, pero constituía el grado de riesgo hasta el que la protección estaba recomendada por el criterio estadístico, ya que las probabilidades descendían dramáticamente para posibles impactos de micrometeoritos de mayor tamaño.

2. Para la salida en la Luna, Armstrong y Aldrin deberían vestir una prenda interior de nailon, de cuerpo entero, recorrida por finos tubos flexibles por los que circularía el agua encargada de regular la temperatura interior.

Cada astronauta se colocó seguidamente el sistema de colección y transferencia de orina, consistente en una guía que, pasando a través de una abertura en la prenda interior, unía el condón que el astronauta debía ceñir a su pene hasta un pequeño saco de retención, que podría ser vaciado más tarde al espacio exterior a través de una válvula del sistema de extracción de la nave. Era importante que el condón quedara debidamente ajustado si no deseaban exponerse a fugas que sentirían en todo su cuerpo, razón por la que estaba disponible en tres tallas: pequeña, mediana y grande. Aunque estas fueron convenientemente renombradas por el cuerpo de astronautas, de acuerdo a la talla de su propio ego, como extragrande, inmensa e increíble.

Una vez que estos elementos estuvieron asegurados, cada astronauta se introdujo entonces en el traje espacial propiamente dicho. Los trajes que vestirían serían los únicos disponibles para toda la misión, razón por la que existían en dos versiones, la ligera para uso intravehicular que vistió Collins y la variante para uso extravehicular que vistieron Armstrong y Aldrin. Esta última estaba dotada de mayor capacidad de aislamiento térmico y de protección contra micrometeoritos y radiación para hacer frente al medioambiente lunar, al que deberían estar expuestos en apenas cuatro días, si todo salía según lo planeado.

Tras hacer las conexiones pertinentes en el interior del traje, los técnicos procedieron a cerrar la abertura trasera que los recorría desde el cuello metálico hasta la entrepierna. Fue entonces cuando Aldrin se percató de no portar el anillo masónico de trigésimo segundo grado de su abuelo. Se lo había puesto durante un año y deseaba llevarlo con él a la Luna y traerlo de vuelta a la Tierra. A los instantes tratando de recordar dónde lo habría podido extraviar mientras tenía lugar el proceso de puesta y chequeo del traje, les siguieron otros de una somera búsqueda infructuosa. Finalmente, dedujo que lo había olvidado en el aseo cuando se lavó las manos tras aplicarse la pomada del sistema de contención fecal, una tarea para la que oportunamente se había retirado el anillo. Allí lo encontró el voluntario de la sala que se prestó a rescatarlo para él, pero, tras la satisfacción por recuperarlo, Aldrin se sorprendió de haber llegado a sentir un cierto atisbo de superstición durante el episodio, algo nada característico en él.

Tal vez el leve afloramiento inesperado de una necesidad de protección fue la manera en la que para Aldrin se manifestó la tensión del momento, el peso de la responsabilidad ante la incertidumbre de una misión de relevancia histórica de la que estaba pendiente el mundo. Ninguno de

los tres había hablado nunca de la manera en que la presión los podía estar afectando. De sentirlos, Neil no era amigo de exponer ni exteriorizar emociones; y Buzz, a pesar de contar con una personalidad algo más expresiva, poseía una mente pragmática y asentada en el momento que lo hacía poco proclive a perderse en reflexiones sobre sus sentimientos. Collins, sin embargo, sí sentía el peso de la presión. El sentimiento no le afectaba para hacer bien su trabajo ni para tener la actitud adecuada ante la gesta que empezaba, pero se felicitaba por tener una misión espacial a sus espaldas de forma que la tensión que sentía solo emanara de la «enormidad de la empresa» y no de la falta de familiaridad con la circunstancia de vivir un vuelo espacial. Se trataba de un sentimiento negativo del que era consciente y que su sistema nervioso había transformado en ligeros tics en sus párpados, que desaparecieron en el momento en que comenzó el vuelo, el momento en el que ya no podía si no cesar la anticipación.

Tras conectar los trajes por su cubierta frontal a los generadores de oxígeno portables que habrían de llevar consigo hasta la nave, los astronautas se ciñeron a la cabeza el ensamblaje de comunicaciones que portaba los auriculares y los dos micrófonos. A través de ellos se comunicarían con el mundo exterior una vez que el traje quedara sellado. Después, se colocaron unos finos guantes de nailon, sobre los que vistieron los guantes del traje en su versión intravehicular. Estos eran de un característico color negro y menos voluminosos que la versión extravehicular, por la falta de necesidad de protección adicional mientras estuvieran en el interior de la nave y para facilitar la operación de los controles en el panel de instrumentos. Después de ser encajados los guantes a las mangas a través de unos anillos de aluminio a la altura de las muñecas, los trajes fueron finalmente sellados con la colocación de los cascos burbuja, hechos de policarbonato y dotados con un pequeño puerto para permitir la conexión de una sonda por la que podrían introducir comida y agua.

El proceso de la puesta de los trajes se había completado sin contratiempos y con veinte minutos de antelación sobre el tiempo asignado. Esto permitió que los astronautas permanecieran relajadamente recostados en grandes sillones, en los que pudieron abandonarse un tiempo a sus propias reflexiones antes de que llegara el momento de emprender el camino hacia el Saturno V, cuando les fuera indicado desde la plataforma de lanzamiento.

Una vez recibida la señal a las 6:20, la tripulación del Apolo 11 se incorporó y, tras despedirse del equipo que los había asistido, emprendió

el camino al exterior junto con Bill Anders, Deke Slayton, Joe Schmitt y su asistente, Ron Woods.

Los astronautas marcharon en fila siguiendo el orden que marcaba su jerarquía dentro de la misión: con Neil Armstrong a la cabeza como comandante, seguido de Michael Collins como piloto del módulo de mando, y con Buzz Aldrin cerrando el grupo como piloto del módulo lunar. Los empleados del edificio habían poblado discretamente los pasillos que transitarían los astronautas para verlos marchar y expresarles su apoyo. Estos conocían a muchos de ellos, pero a otros muchos los veían por primera vez. Los tres devolvían igualmente saludos y contestaban con sus gestos a las señales de ánimo que con expresiones sonrientes y entusiasmadas les profesaban a su paso todas esas personas que, de un modo u otro, habían trabajado para que su misión fuera un éxito. Los astronautas los podían ver mostrando su júbilo, dedicándoles aplausos que para ellos estaban prácticamente desprovistos de sonido a causa del aislamiento que les imponía sus trajes presurizados. En el interior de estos solo podían oír el siseo del fluir del oxígeno y el sonido rítmico que al contacto con el suelo producían las cubiertas de goma amarilla que evitaban que sus botas se contaminaran o dañaran de camino a la nave.

Al paso por el área residencial, alguien que portaba una ostensible bolsa de papel marrón la extendió hacia Michael Collins, quien, ante la extrañeza de los testigos no enterados de su propósito, la recogió con la naturalidad de quien la esperaba sin sorpresa. Se pasó la bolsa a la mano derecha para acarrearla con la que sostenía el generador de oxígeno, colocándola entre este y la pierna, de forma que no fuera notoriamente visible para las cámaras apostadas al exterior del edificio.

Cuando los tres hicieron su salida a las 6:30, una avalancha de flashes de fotógrafos y cámaras iluminaron una escena que transcurría aún en el crepúsculo de un día que empezaba a amanecer. Fueron apenas unos segundos los que les tomó descender la rampa de salida del edificio e introducirse en el monovolumen que los transportaría a la plataforma de lanzamiento. Con paso resuelto, los tres saludaron con sus manos libres en alto mientras sus sonrisas se hacían visibles al golpe de los flashes a través de los cascos. Collins asentía con la cabeza ante la presencia de los medios a la vez que se aseguraba de que su mano derecha, algo entorpecida por el grosor del guante, no dejara caer accidentalmente su preciada bolsa y que su contenido quedara expuesto ante lo que sabía que sería un asegurado asombro de la opinión pública mundial, ya que, comprensiblemente, ¿qué podría pasar por la mente de los testigos de una escena en la que el piloto

del módulo de mando del Apolo 11, en su camino al cohete que estaba a punto de enviarlo a la Luna, dejara caer al suelo una trucha congelada?

Collins no deseaba ser protagonista de esta historia, que a buen seguro dominaría las portadas de los rotativos mundiales y abriría los informativos en la televisión en detrimento del protagonismo del que debería gozar el lanzamiento del Apolo 11 por su significado histórico. La trucha era para Guenter Wendt, el responsable de supervisar la inspección, las pruebas y el ensamblaje del módulo de mando y servicio desde su llegada al Centro Espacial Kennedy el 22 de enero y líder de la plataforma para el lanzamiento. En esta última capacidad, Guenter era el responsable del equipo que los esperaba en la sala blanca, el habitáculo suspendido en el extremo de uno de los brazos de la torre de lanzamiento, por el que la tripulación accedería a la nave y donde tendría lugar el intercambio de regalos que era tradicional antes de cada lanzamiento. El mismo Guenter había iniciado esta costumbre en el programa Mercury, y las tripulaciones la habían adoptado con naturalidad.

Guenter tenía una relación profesional muy cercana con los astronautas que evolucionó en una estrecha relación personal, un terreno que su jovialidad era propensa a minar de *gotchas*, las imaginativas bromas de las que hacía víctimas a las tripulaciones que visitaban el Cabo. Pronto se hizo famoso por ellas, invitando inevitablemente a que fueran contestadas y a que él se convirtiera en víctima de otras tantas sin haber sido necesariamente quien hubiera empezado. Todo aquello, los *gotchas* y el intercambio de regalos —generalmente de chanza—, ayudaba a rebajar la tensión al aportar momentos lúdicos a situaciones de estrés que estaban marcadas por la incertidumbre en la supervivencia y por la anticipación del éxito o del fracaso de una misión espacial.

La más grande de las aficiones de Guenter Wendt era la pesca, una actividad que repetidamente se jactaba de ejercer de manera excelente. Sin embargo, nadie había visto en su casa el oportuno trofeo que hablara de las grandes habilidades como pescador de las que alardeaba con frecuencia, razón por la que la trucha que Collins iba a regalarle era la más pequeña que había podido encontrar y estaba montada sobre una placa cuya inscripción decía «Trucha Trofeo de Guenter».

Armstrong obsequiaría al líder de la plataforma con un cupón para un viaje gratis válido entre los dos planetas que él eligiera, mientras que Aldrin le regalaría un obsequio de mayor solemnidad. Conocedor de que Guenter era presbiteriano como él, le regaló una copia de *La buena nueva para el hombre moderno: una versión resumida de la Biblia*.

Deke Slayton, Joe Schmitt y Ron Woods se introdujeron en el monovolumen tras la tripulación mientras el jefe de seguridad del centro espacial, Charlie Buckley, se sentaba al volante acompañado por uno de sus agentes. Recorrerían los casi quince kilómetros que separaban la plataforma de lanzamiento 39A del edificio, siendo seguidos por un segundo monovolumen de contingencia.

Según se dirigían hacia el norte en el primer tramo del trayecto, los tres pudieron ver a su paso las interminables filas de vehículos de turistas que se habían congregado a los lados de la carretera para ser testigos del lanzamiento y del paso de los astronautas esa mañana. Aquellos a los que podían ver saludándolos y enviándoles sus mejores deseos para la misión no eran más que una pequeñísima muestra de los cientos de miles de visitantes llegados de todos los rincones del país y del mundo. Turismos, motocicletas, *pickups* y caravanas se sucedían ese día por decenas de miles a lo largo de las carreteras que conectaban todas las comunidades del condado de Brevard, desde Titusville, al norte, hasta Palm Bay y Melbourne Beach, al sur. La gente había acampado en las playas y en cualquier espacio de terreno disponible junto a sus vehículos. Ese día ya no habían encontrado habitaciones libres en ningún hotel ni motel situado en varias decenas de kilómetros alrededor de Cabo Kennedy, a pesar de que los hosteleros habían permitido que los salones y vestíbulos fueran invadidos por las colchonetas y esteras de turistas rezagados.

Botes y pequeñas embarcaciones se congregaban por millares en todos los espacios fluviales que corrían paralelos al Atlántico, al norte y sur del lugar de lanzamiento, alrededor de Merritt Island, a lo largo del Indian River y del Banana River, desde Mosquito Lagoon, al norte, hasta Pelican Island, al sur. Nunca ningún lanzamiento había generado semejante expectación. Nunca la afluencia de gente había alcanzado siquiera cotas que quedaran lejos de los registros de visitas que inundaron el Cabo con motivo del Apolo 11. Ahora los tres podían ver a algunos de ellos saludando a su paso, creando en ellos el sentimiento enfrentado de quien es consciente del significado histórico que movió a tanta gente a venir pero que, a la vez, asume todo lo que le está sucediendo con la diluida trascendencia de quien ha vivido todo el proceso como parte natural de su trabajo, con la cotidianeidad que acaban aportando los interminables ensayos y entrenamientos que los habían llevado hasta ese momento.

A falta de cinco kilómetros para llegar a la plataforma, el convoy efectuó una parada en el Centro de Control de Lanzamiento, el lugar don-

de 463 controladores, bajo la dirección de Rocco Petrone, administraban la cuenta atrás y monitorizaban el estado de todos los sistemas del imponente conjunto Apolo-Saturno, en el que pronto se introducirían los astronautas. Tras desear buena suerte a la tripulación, Deke descendió del monovolumen para incorporarse al centro de control, desde donde seguiría todo el proceso hasta el lanzamiento, así como las críticas operaciones de vuelo posteriores de ese día, antes de regresar a Houston.

Junto al Centro de Control de Lanzamiento se encontraba el VAB, el descomunal edificio en el que se había ensamblado el vehículo espacial AS-506. Esa era la designación que recibía el conjunto Apolo-Saturno de la misión Apolo 11 y que comprendía las tres etapas del lanzador además de los módulos lunar, de servicio y de mando, en su cúspide, coronado por la torre de escape. De 160 m de altura y de ancho, y de más de 200 de largo, el VAB dominaba las vistas en el Cabo en decenas de kilómetros a la redonda, haciendo indistinguibles a seres humanos y coches junto a él. Sus entrañas habían alumbrado el 20 de mayo el vehículo espacial Apolo-Saturno, de 110 m de altura y 10 m de diámetro en su base, junto con la torre umbilical de lanzamiento de 136 m. Ambas estructuras, montadas sobre una plataforma de acero de 49×40 m de lado, habían sido emplazadas sobre una inmensa oruga transportadora de 40×35 m, compuesta por ocho cadenas de casi 60 t cada una. Esta empleó casi seis horas en desplazar las 8.400 t que conformaban todo el conjunto los cinco kilómetros que separaban el VAB de la plataforma de lanzamiento 39A. El monovolumen con la tripulación recorría el mismo camino que había hecho el Saturno V hacía dos meses, a lo largo de una carretera paralela que ya estaba desprovista de vehículos y de gente en sus márgenes. La zona que atravesaban ya no era accesible al público ya que la seguridad del lanzamiento establecía que este no podía encontrarse a una distancia menor de esos cinco kilómetros.

Mirando a través de la luna frontal del vehículo, los tres astronautas podían contemplar el imponente Saturno V a lo lejos. Se encontraba aún iluminado en el crepúsculo por los focos que habían estado apuntando hacia él todas las noches para permitir trabajos de última hora, haciendo que pudiera ser admirado por todos los que en decenas de kilómetros a la redonda esperaban con expectación su lanzamiento. Aquella criatura era el producto largamente soñado por los visionarios que habían anticipado una humanidad que un día visitaría otros mundos: por Konstantín Eduárdovich Tsiolkovski, por Robert Goddard, Hermann Oberth o Serguéi Korolev, pero que el destino había puesto en manos del genio alemán

Wernher von Braun para darle forma y culminar la obra, encumbrándose como un Fausto de la era espacial por ser el flamante padre del cohete más poderoso que jamás hubiera existido.

Como un zigurat en la antigua Mesopotamia, una gran pirámide en el desierto egipcio o una catedral gótica en la Edad Media, el Saturno V, al erigirse solitario en mitad de las extensas marismas de Florida, parecía ser una construcción fuera del tiempo que trascendía el ámbito de lo terrenal. Si las pirámides y las catedrales fueron las escaleras y las puertas del cielo, el Saturno V también parecía digno de veneración como un templo de la era tecnológica que guardaba los secretos para elevar a seres mortales a las alturas. Las últimas noches, los tres lo habían podido contemplar iluminado en la distancia contra el cielo oscuro tras el ocaso. El Saturno V les pareció entonces majestuoso, esbelto y reluciente; pero ahora, dirigiéndose hacia él en la mañana del lanzamiento, cuando todo adquiriría connotaciones de realidad, pasaron a percibirlo como una máquina, enorme y recia, que diligentemente los esperaba para cumplir su cometido de lanzarlos a otro mundo.

La tripulación y su pequeño séquito arribó a la plataforma cerca de las 6:40, cuando faltaban casi tres horas para el lanzamiento. Al contrario que en otras ocasiones, esta vez el lugar evocaba una sensación turbadora. Toda el área se encontraba desierta y desprovista de cualquier señal de actividad humana, como un lugar que hubiera sido evacuado tras un accidente nuclear o tras el escape de algún agente biológico letal. Los operarios y técnicos que pulularon por el lanzador y sus inmediaciones en días pasados, manipulando grúas y herramientas, operando equipos y vehículos, habían desaparecido, dando cuenta de que lo que los tres iban a abordar era en su segunda naturaleza una descomunal bomba que contenía cerca de 3.000 t de combustible y comburente. Esa era la razón por la que solo el personal imprescindible podía encontrarse junto al Saturno V en las horas previas al lanzamiento. Este personal debía estar formado únicamente por la tripulación y el equipo de cierre, liderado por Guenter Wendt, que los esperaba en la sala blanca a la entrada de la nave y al que se subordinarían Joe Schmitt y Ron Woods. Sin embargo, 37 m por debajo de la sala blanca se encontraba en ese momento un grupo de cuatro técnicos que trataban de contener una fuga de hidrógeno líquido en el sistema de rellenado de la tercera etapa del cohete, la S-IVB. Este sistema debía colmar el tanque a intervalos programados para compensar la cantidad que se perdía a través de las válvulas de alivio al abandonar su estado criogénico a causa de la temperatura ambiente exterior.

El primer ascensor a los pies de la plataforma ya se encontraba abierto para ellos. Ascendieron en él hasta el nivel A, para cruzar de ahí al interior de la torre umbilical a través de un corredor que exhibía cuatro enigmáticos mensajes que la tripulación, acompañada de Joe Schmitt y Ron Woods, pudo leer según avanzaba. El primero de ellos decía «LA LLAVE», el segundo «A LA LUNA», el siguiente «SE ENCUENTRA», y el último «EN LA SALA BLANCA». Aquello no podía venir de otro que no fuera Guenter Wendt. Él mismo había colgado los letreros como preludeo a la pequeña sorpresa que tenía reservada para ellos en su apreciado intento por rebajar la tensión. Al final del corredor, accedieron al ascensor número uno para ser transportados a lo alto de la torre umbilical. Era en este tránsito en el que se podía decir que el viaje a la Luna daba comienzo, al ascender los primeros casi cien metros sobre un suelo que ya no volverían a pisar hasta dentro de algo más de ocho días. El ascensor los llevaría primero al nivel 300, referido en pies, y equivalente a una altura de 91 m, donde Buzz Aldrin, el último en introducirse en la nave al ocupar el asiento central,³ quedó a la espera de ser llamado para no saturar el reducido espacio de la sala blanca. Tras la parada, Armstrong y Collins prosiguieron su ascenso hasta el nivel 320 (97 m), el inmediatamente superior, del que partía el brazo número 9. Este hacía de puente entre la torre umbilical y el Saturno V, y en su extremo se encontraba la sala blanca, que daba paso a la escotilla del módulo de mando Apolo.

Al recorrer el brazo número 9, el Saturno V volvía a dejar de ser una máquina para pasar a adquirir atributos de un ente vivo. Se lo podía percibir como un ser poderoso, suspendido en un estado de letargo del que despertaría para demostrar con vigor su descomunal fuerza contenida. A través de la estructura metálica del brazo número 9 se podían ver los vapores que el Saturno V despedía con profusión y las enormes placas de nieve que, habiéndose formado en su superficie por las temperaturas criogénicas de los tanques en su interior, se desprendían y caían al vacío mientras brillaban a la luz de los focos que aún lo iluminaban. Aunque la tripulación no podía oírlo del todo, los sonidos que hacían las bombas

3. El asiento central de la cabina fue excepcionalmente ocupado por el piloto del módulo lunar durante el lanzamiento en el Apolo 11. Como parte de la tripulación suplente del Apolo 8, Buzz había entrenado para ocupar esa posición en esta fase del vuelo, por lo que tuvo más sentido entrenar a Collins en la ejecución de las tareas que correspondían al piloto en el lado derecho de la nave, en lugar de intercambiar las dos posiciones.

hidráulicas y las válvulas de alivio se sumaban a los crujidos y chirreos a causa de la dilatación y contracción de paneles y juntas. Sí, el Saturno V estaba vivo, y los tres estaban a punto de dejarse engullir por él, de permitir que aquel gigante se apropiara de los límites de su mundo y de su horizonte vital.

Los trabajos continuaban en el nivel 200 (60 m) para reparar la fuga de hidrógeno líquido. El primer procedimiento empleado para detenerla había resultado ser infructuoso y ya se trabajaba en un segundo. Mientras Steve Coester, encargado del sistema malogrado, dirigía las operaciones de reparación desde el centro de control del lanzamiento, Guenter Wendt recibía sonriente a Armstrong y Collins. Portaba una enorme llave de más de un metro, de color metálico, hecha de material no inflamable y cuyo paletón tenía forma de luna creciente. Tras obsequiar al comandante, también sonriente, con la llave que les permitiría abrir el cerrojo de los misterios lunares, este le extendió el cupón de viaje interplanetario. Guenter reía mientras retenía en sus manos el billete después de haberlo leído, cuando Collins le ofreció la bolsa con la preciada trucha congelada en su interior.

—En tu casa nunca he visto ningún trofeo de pesca en la pared. Necesitas uno.

El líder de la plataforma le hizo saber entre risas que la trucha debería ser bastante más grande. Colocaba sus manos a una distancia exagerada la una de la otra, a lo que Collins respondía distanciando las suyas apenas los quince centímetros que medía la trucha.

Para no saturar la línea de los astronautas, las comunicaciones con la tripulación se hacían ya únicamente a través de Guenter Wendt, quien estaba al cargo de un equipo compuesto por Joe Schmitt y Ron Woods, por los operarios John Grissinger y «Lucky» Chambers, y por el piloto del módulo lunar de la tripulación suplente, Fred Haise. Este último se había encargado de ejecutar, durante una hora y media, los 417 pasos requeridos para que todos los conmutadores, perillas de control e indicadores en el panel de instrumentos de la nave estuvieran adecuadamente configurados para el lanzamiento.

Tras retirar los protectores de las botas, Neil fue el primero en acceder a la nave. Lo hizo estando aún conectado a su generador de oxígeno, que portaba Joe Schmitt para que el comandante tuviera las manos libres. Una vez que ocupó el asiento izquierdo —el asignado para él en el lanzamiento—, Joe Schmitt pasó al interior para asistirlo desde la escotilla, mientras Fred Haise ayudaba desde el interior en la parte opuesta de la

cabina, al otro lado de los asientos. Joe conectó el traje de Armstrong a las líneas de comunicación y a la toma de oxígeno de la nave y, siguiendo los signos con los que Neil le indicaba su grado de confortabilidad, le ajustó los cinturones que lo aseguraban con firmeza al asiento por cintura y hombros.

En el nivel inferior, Buzz Aldrin disfrutaba en soledad de su espera. Los primeros rayos de un sol incipiente en el horizonte comenzaban a bañar de un tímido ocre la playa, en la que un crepúsculo que moría permitía distinguir aún los fuegos de los campistas. Dirigió su mirada hacia la plataforma 19, a algo más de doce kilómetros al sur, junto a la costa. Desde allí, hacía apenas dos años y medio, él mismo había sido lanzado al espacio a bordo de la Gemini 12. Cerca de la 19, a casi dos kilómetros al norte, divisó la plataforma 34. El recuerdo de lo que sucedió allí el 27 de enero de 1967 lo llevó instintivamente a pasar su mano por uno de los bolsillos que su traje tenía en los antebrazos, algo por debajo de los hombros, como queriendo comprobar que su preciado contenido seguía aún en su sitio.

Aldrin pensó en lo mucho que se había avanzado desde que, en 1903, los hermanos Wright consiguieron hacer que su Flyer realizara el primer vuelo de una aeronave más pesada que el aire. Ellos mismos portaban a la Luna un pequeño retal de su tela para traerlo de vuelta como homenaje a tan gran salto en su época. El año 1903 también fue en el que había nacido su madre, Marion, y cuyo apellido de soltera coincidía con el nombre del mundo que él se disponía a visitar y conquistar tan solo 66 años después: Moon. Marion Moon, sin embargo, no vería a su hijo embarcarse en el Apolo 11. Se había quitado la vida el año anterior, poniendo así fin a las profundas depresiones que siempre afligieron su existencia. Pero, a pesar de la tragedia, Buzz no pudo evitar reflexionar en lo afortunado que era y en lo maravillosa que había sido la vida por darle la oportunidad de estar ahí en ese momento. Todas sus experiencias se habían alineado para llevarlo al lugar adecuado en el momento adecuado. En aquel instante, cuando estaba a punto de abandonar la Tierra para pisar otro cuerpo celeste, pensó que, si todo salía bien, después volvería con su familia y seres queridos para poder vivir de manera plena, sin saber aún que el verdadero viaje de su vida, ese que realmente lo pondría a prueba, comenzaría paradójicamente después del Apolo 11.

Abandonado a sus reflexiones, Buzz Aldrin saboreó la espera contemplando plácidamente su alrededor, recorriendo la costa, el mar y el gigante Saturno V a su lado mientras oía solo el relajante fluir del oxígeno.

no en el interior del traje, deseando retener esos momentos en su memoria para siempre. Tras quince minutos de contemplación, Guenter Wendt lo devolvía a la realidad al interrumpir su pequeño retiro. Era su turno.

—¿Fuiste tan agarrado para comprar una que tuviste que llevártela de allí? —le dijo entre risas Guenter Wendt cuando vio que la versión de la biblia que Aldrin le regalaba autografiada contenía la inscripción «En préstamo permanente a G. Wendt».

El libro era propiedad de la iglesia presbiteriana de Webster, cercana al entonces Centro de Naves Espaciales Tripuladas en Houston, aunque Guenter sabía que se trataba de uno de los ciento treinta ejemplares que el padre de Aldrin había donado a la congregación en memoria del fallecimiento de su mujer el año anterior.

El tiempo acumulado en el intercambio de regalos no excedió los dos minutos que Guenter Wendt tenía asignados para esa actividad, que solo se llevaría a cabo si todo iba bien. A falta de dos horas y media para que el Saturno V cobrara vida, los técnicos que trabajaban en la fuga de hidrógeno líquido 37 m por debajo de la sala blanca habían intentado el segundo método de reparación, pero este no solo había resultado ser también infructuoso, sino que había agravado la situación al hacer inoperativa la válvula del sistema de rellenado. La única alternativa que quedaba consistía en utilizar la válvula de llenado principal para llevar a cabo las funciones de rellenado. Sin embargo, esta no había sido concebida para semejante propósito, de forma que un procedimiento nuevo para la operación hubo de ser desarrollado y aprobado con celeridad desde el centro de control. Los técnicos se encontraban ultimando el trabajo dictado en la nueva aproximación que, de no funcionar, supondría la cancelación segura del lanzamiento para ese día.

Con la tripulación ya acomodada en el interior de la cabina, Fred Haise comprobó que ninguna herramienta utilizada por el equipo de cierre quedara en su interior. Comprobó todas las conexiones, todas las tomas y todos los puntos de anclaje de las correas de cada uno de ellos antes de estrechar manos y abandonar la nave de camino al centro de control del lanzamiento.

—¿Estáis a gusto con las correas?, ¿con todo?, ¿estáis conformes con todo? —preguntó Guenter Wendt, siempre el último en asomarse al interior de la cabina y asegurarse de que las tripulaciones no necesitaban nada antes de sellar la nave.

Todo estaba bien a bordo. Codo con codo, enfundados en sus trajes presurizados, listos para un viaje que llevaba consigo todas las almas de

la humanidad, Neil Armstrong, Michael Collins y Buzz Aldrin estaban preparados para ser abandonados en el interior del Saturno V. Con suerte, el siguiente olor de la Tierra sería el del mar unos días más tarde. Eran las 7:25 de la mañana del 16 de julio de 1969 UTC. Faltaban dos horas y siete minutos para el lanzamiento, T-02:07:00. Guenter Wendt posó su mano sobre el casco de Aldrin y ordenó el cierre de la escotilla.